

El legado rojo “à l'européenne”

Por Andrés Silva Haro

Veinte años antes de la caída del muro de Berlín, la ideología roja conquistaba las calles parisinas disfrazada de atuendos y pancartas multicolores. Veinte años después de la caída del muro, los hijos - y nietos - de mayo del '68 deambulan con temor por los escenarios heredados de 40 años de convulsiones. O sesenta, si se quiere contar desde la traición de los socialistas alemanes a sus cómplices rusos que dió inicio a la Segunda Guerra Mundial. Incluso, por qué no, noventa años después desde que las hordas rojas depusieran al zarismo imperial y dieran comienzo al reinado del terror rojo.

Psicológicamente, ese mayo de 1968 fija un nuevo modo de pensar y de sentir la realidad. Su revolución fue, a estos efectos, mucho más trascendente que los sangrientos golpes de estado con que se instauró el comunismo por doquier. Como su abuela, la revolución de 1789, cambió el rostro y las costumbres del mundo moderno.

Quisiera que el lector me acompañe en el siguiente punto de análisis: la del '68 fue una revolución que, a diferencia de las otras, no fue excluyente. No fue tanto una arremetida “contra” una clase sino más bien una campaña de propaganda. En efecto, si bien su metodología se expresó con la clásica coreografía roja, su modo de ser fue eminentemente lúdico, sonriente, creativo y audaz. “Prohibido prohibir”, “la imaginación al poder” y otros eslóganes genialmente trabajados en sus laboratorios de experimentación psicosocial y que calaron fuerte en los dos sectores hasta el momento tradicionalmente reactivos a la agitación roja: la clase media y la burguesía medio-alta.

Coherente con las señales emitidas desde una Santa Sede en pleno furor conciliar, la nueva revolución francesa afectaba a las clases dirigentes reblandecidas por un sentimentalismo social que atenazaba con el aguijón de la culpa a los sectores más acomodados, avergonzados por sus diversos grados de prosperidad.

La nueva burguesía, ilustrada y liberal, aplaudió aliviada las medidas de reformas políticas y económicas. Política y economía, cultura y sociedad formularon pactos y votos de avance imparable.

Los procesos revolucionarios tienen un aspecto curioso que hemos comprobado en cada uno de los casos estudiados en nuestra colección “El Terror Rojo”: antes de tomar el poder su propaganda es sentimental y libertaria con un fuerte contenido social. Una vez controlando el poder, los que antes parecían idealistas y amistosos devienen en una máquina fría y represora que persigue precisamente lo que prometió defender pero sosteniendo, con mayor o menor énfasis según las necesidades del momento, su propaganda.

Tal es el caso de las izquierdas europeas a partir de mayo del '68, con su campaña psicológica que abre fuego contra la nueva burguesía.

¿Cómo desarticular, entonces, a una sociedad unívocamente traumatizada con los socialismos nacionales e internacionales que derramaron su sangre y marcaron sus pueblos con tanto sufrimiento y horror?

En primera medida y por debajo de la revolución cultural, por la economía. Comienza a partir de ese momento una orquestación paneuropea de aumento progresivo de impuestos y restricciones comerciales tendientes a desanimar la generación de riqueza y desincentivo al emprendimiento. ¿Quién querría asumir riesgos ante un panorama desalentador? La riqueza de las naciones, forjada a través de la prosperidad de los particulares, comenzó a verse con recelo, propugnando un “estado de bienestar” que abarque todos los campos de la vida, regulando hasta los más pequeños campos de la actividad humana. Y, de paso, impedir que los individuos aspiren por sí mismos a ese bienestar.

La estrategia: promover Estados cada vez más grandes justificados por reivindicaciones de demandas colectivas - cuyo derecho a protesta les pertenece sólo a la izquierda - que sólo pueden ser satisfechas a través de servicios públicos financiados por la estatización de la vida social y comercial a la par que con el compulsivo aumento de impuestos, preferentemente de castigo a la riqueza.

Los Estados comenzaron a crecer y en torno a ellos una maquinaria formidable de instancias y organizaciones financiadas directa o indirectamente por los gobiernos, destinadas a sostener su propaganda, políticas y necesidades. Millares de asesores más o menos coludidos con el poder de turno co-gobiernan paralelamente un Estado financista.

Ante eso, no podemos menos que escandalizarnos. Esa prótesis política - a veces lindante con el parasitismo declarado - reemplaza progresivamente el discurso del Estado expansionista, reemplazando a sus funciones no sólo en la toma de decisiones a través de las prolíferas “comisiones” sino que, por encima de todo, a través de la extensa oferta de asesorías y personal privado actuando en gestiones públicas, ya sea financiados directamente o subvencionados si es posible, bajo la supervisión de una suerte de “comisarios” estatales.

¿Cómo financiar un Estado expansivo con semejante y creciente coreografía paraestatal? A través de un doble cerco: restringir la actividad privada por medio de regulaciones – y consecuente burocracia inoperante - que muchas veces se acercan al absurdo y por medio de los impuestos y regulaciones laborales.

Así, progresivamente el empresariado se vio limitado y sus trabajadores vieron disminuidos sus ingresos – y puestos de trabajo - por fuerza de la competitividad y sustentabilidad de la empresa.

Fue el “escándalo” de la globalización quien trajo un factor decisivo: el ingreso de productos manufacturados bajo estándares de tecnología de industrialización masiva. Calidad a menor precio fue el derrumbe de las economías de bienestar. Consecuente en el interés del proceso, la misma globalización aportó el ingreso de producción de mano de obra esclava procedente de las economías socialistas, que invadió la oferta de consumo de los sectores con menor poder adquisitivo, minando la base de una economía local y mejor acceso laboral. La producción nacional se hizo, por competitividad, definitivamente inviable.

La ilusión del flautista de Hamelin comenzó a prender con fuerza. A medida de que se perdía cada vez más la libertad se hizo cada vez más sonora e intensa la sensación de libertad vista la variedad de oferta a precios cada vez más accesibles y el aumento de libertades ideológicas: modas, sexualidad, creencias religiosas, defensa de causas

o derechos, estructuras familiares, etc. Y también de expresiones políticas, si no se considera las enormes restricciones - culturales o legales - para determinadas tendencias.

“Libertad para todo y para todos, igualdad con todos y por todos”, fue la consigna de fondo de ese mayo francés. Una consigna que requería nuevas regulaciones y ejércitos de organismos - o “colectivos” - que al modo de las *checas* clásicas, fiscalicen el sometimiento a las nuevas reglas y promuevan la propaganda emanada de las altas esferas del poder real.

En lo social sus consecuencias saltan a la vista. Y en lo económico también: cierres de empresas y de fábricas, emigración de empresarios a suelos menos hostiles y hordas de desempleados dependientes del Estado. El empobrecimiento de la riqueza nacional dio como fruto un salto dramático en las cifras de marginación. La pobreza y la carencia de sectores de riesgo – infancia, maternidad, jubilados, etc. – comenzaron a formar parte del escenario social aumentando progresivamente hasta niveles de escándalo y alarma.

Poco a poco Europa se convirtió en un doble mensaje de tolerancia y marginación, de bienestar y de malestar. La izquierda, con su promesa de paraíso social y cultural, destruyó hasta las bases a las naciones que no pudo conquistar por la fuerza y hoy el panorama europeo no puede ser más oscuro y triste. O sí podría, si se proyectan por la fuerza de los avances los resultados esperables.

Tal pareciera ser que, como se ha comentado con una clara visión del problema, el lema de mayo del '68 en realidad fue *“la marginación al poder”*.